

DOMINGO 4º DE CUARESMA

1ª lectura (2º Crónicas 36, 14-16.19-23): *¡Sea su Dios con él!*

Salmo (136, 1-2.3-4.5-6): *«Que se me peque la lengua al paladar si no me acuerdo de ti»*

2ª lectura (Efesios 2, 4-10): *Por pura gracia estáis salvados.*

Evangelio (Juan 3, 14-21): *El que cree en Él, no será condenado.*

Una buena iluminación pone a la vista tanto los detalles que se quieren destacar, como las manchas y los errores que nos sacan los colores. Una mala iluminación oculta enganchones, suciedad y rotos. Una obra de arte tiene que estar “bien iluminada” para que no haya sombras que desvirtúen o desmerezcan la genialidad del autor. Por el contrario, una obra de mala calidad se coloca en lugares poco vistosos. La luz no es la belleza, pero se necesitan mutuamente. La luz tampoco es el bien, pero se acoplan el uno al otro.

El juego de luces y sombras es fundamental en el teatro. El foco potente y bien dirigido hace que el espectador se centre en el protagonista, mientras que los actores secundarios queden ligeramente ensombrecidos. El cine, por su parte, necesita de un buen “iluminador” que seduzca al espectador y lo sumerja sin que se dé cuenta en la historia que se narra. Una mala iluminación es capaz de cargarse el mejor de los argumentos.

En el mundo de la información también se necesita de manera imprescindible la luz. Cuando se quiere destacar que algo debe ser conocido y notorio, se dice: “con luz y taquígrafos”. Las noticias manipuladas no pueden mostrar sus debilidades ni reflejar los detalles que se quieren ocultar.

En el lenguaje usual de los servidores públicos hoy se dice “transparencia”. Una buena gestión debe ser “transparente” o sea, sin sombras, sin zonas oscuras u “opacas”. Los malos gestores lo primero que hacen es “maquillar” las cuentas, “disimular” los errores; “ocultar” datos... Que se crea aunque no sea claro; que se acepte aunque no sea nítido.

Las “cosas de la fe”, que son muy importantes, tienen que gozar igualmente de todas las cualidades de la luz. Las cosas de Dios no pueden ser oscuras; no pueden dar miedo ni provocar rechazo. Solo con escuchar el nombre de Dios deberíamos respirar más hondo, abrir bien los ojos y ponernos sin reserva a dejarnos iluminar por Él. No podemos presentar un Dios “opaco” del que desconocemos todo, o al que servimos con “temor”. El evangelio habla con claridad, y habla de la voluntad de Dios, que es de “salvación” y no de “condenación”.

Todos conocemos personas que viven la fe de forma trágica. Cuando les oímos hablar de Dios, de Cristo o de la Iglesia, no dan ganas de “hacerse cristiano”, en lenguaje coloquial, sino de huir de la fe cristiana como si de la peste se tratara. Son personas que siguen viendo a Dios como un “tirano” que pide cuentas al ser humano; a Cristo, como el “modelo del sacrificio más allá de sus propias fuerzas”; a la Iglesia, como a la “madrastra” que está todo el día llamando la atención.

La sensación que da es la de vivir en un oscurantismo permanente del que hay que huir. Dos preguntas necesarias vienen a nuestra mente y a nuestro corazón: **¿en verdad merece la pena creer?, ¿no hay que pagar el altísimo precio de la felicidad a cambio de profesar la fe?** Sin embargo, la fe cristiana se sigue presentando a sí misma como un “don precioso”.

El texto de Efesios se adentra en la cuestión que abordamos: cuando éramos pecadores, esto es, cuando no teníamos nada que ofrecer, Él mismo nos ha salvado, porque ha querido. San Juan insiste en lo mismo desde otra perspectiva: el exceso del amor de Dios por sus criaturas se manifiesta en que ha enviado a su propio Hijo para que toda la humanidad entre en el misterio de la salvación.

Creemos en un Dios que da vida, que quiere nuestra felicidad; en términos teológicos, que nos “salva”, librándonos de nuestras mil esclavitudes y llenándonos de Él mismo. La “condena” no pertenece a Dios; el rechazo de esta voluntad de felicidad la fragua y la lleva a cabo el propio ser humano en su dureza de corazón.

Ser una persona de fe no es “tener creencias”. Las creencias pueden ser extrañas, oscurantistas o incluso estar sometidas al temor y al miedo. La fe, por el contrario, se entrega y confía en el Dios que ama a la humanidad, y al ser humano concreto, manifestándolo en la entrega de su único Hijo. La luz pertenece a la fe; el que se esconde es esclavo de miedos, trágicos destinos o comportamientos no confesables.